

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Interesantísima información del Batallón infantil de Villena, con diez fotografías.—EL TEATRO DE MARÍA ISABEL (una representación).—Las golondrinas, poesía por Juan de Castro.—JOYAS LITERARIAS: El andamio, por Miguel Ramos Carrión.—Cuentos del concurso: Hojas de la niñez, por «Bettista Gozzadina».—Carta ilustrada.—VIAJE COMICO AL POLO SUR, realizado por dos estudiantes madrileños y un elefante andaluz.—Pasatiempos.—Y las divertidas AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

INTERESANTE. — Lea usted en la tercera plana de la cubierta nuestros regalos del mes de Noviembre.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

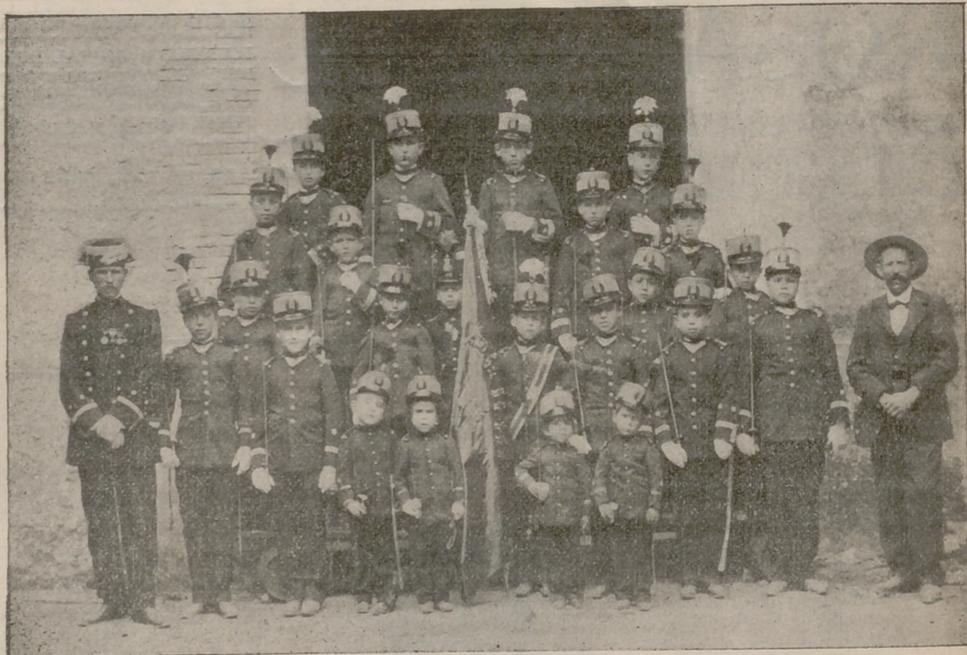
NUESTRO CONCURSO



GIL FARRÁN MAYORAL (doce años)

Habitante en Barcelona, calle de Biladomat, 122, pral.

(25 de las fotografías admitidas).



La plana mayor y el Teniente organizador D. Eduardo Aparisi.

EL BATALLÓN INFANTIL DE VILLENA

Á la amabilidad del digno teniente de la Guardia Civil de Villena, D. Eduardo Aparisi y Piera, organizador del batallón, debemos los datos y las fotografías de este trabajo.

«Por iniciativa del Sr. Aparisi, auxiliado por el segundo teniente D. Victoriano Coloma, se comenzaron los primeros trabajos para la filiación de estos soldados en miniatura, que en poco tiempo han adquirido la instrucción militar, según la táctica moderna; cosa que acredita los conocimientos y dotes de mando de los instructores, sin olvidar el entusiasmo y la constancia de los instruídos.

Sorprende que niños de siete y ocho años puedan manejar con tal soltura el

fusil y marchar tan marcialmente en las formaciones militares.

Los cargos de jefes, oficiales y clases se obtuvieron por rigurosa oposición ante un tribunal presidido por el Alcalde y compuesto de siete dignos militares de distintas graduaciones, incluso la de coronel. Llama poderosamente la atención que los padres de esos niños hayan hecho un verdadero derroche para vestirlos «reglamentariamente» con un lujo que excede á toda ponderación. Esto constituye la nota característica, y casi puede afirmarse que el Batallón infantil de Villena, por su lujosa indumentaria y lo completo de su organización es, sin disputa, el primero de España. Así es como se honra



ABANDERADO: Eduardo Aparisi y Calatayud, de once años.

ALFÉREZ ALUMNO: Antonio Aparisi y Calatayud, de cinco años.

dignamente al glorioso Ejército español.

Orgullosos pueden estar el Sr. Aparisi, como inteligente organizador, el Ayuntamiento y su celoso Alcalde el abogado D. Joaquín Herrero Valdés, como patrocinador de la idea, que ha sufragado la mayor parte de los cuantiosos gastos con verdadera espléndidez.

Villena entero estallaba de gozo al ver por las calles á su hermosa tropa juvenil, que representaba en su parte más tierna los grandes cariños y esperanzas de toda la población.

Consta el Batallón infantil de Villena de seis plazas montadas: Teniente Coronel, dos Comandantes, Médico, Cura castrense y Capitán Ayudante; cuatro compañías con su oficialidad completa; Aban-

derado con su escolta; carrero con su carro; camilleros, escuadra de gastadores y banda de tambores y cornetas.

Cada plaza montada supone un gasto de 1.000 pesetas, 250 el de los oficiales y 25 el de cada soldado; aproximándose á 2.000 duros el total coste del vestuario y armamento del Batallón.

La bandera es una verdadera preciosidad, una hermosa obra de arte, un derroche de lujo, habiéndola bordado generosamente con sin igual gusto y maestría las hermanas Carmelitas que allí tienen un Colegio de enseñanza digno de su reputación.

El acto de bendecir la riquísima enseña de la patria fué solemne y conmovedor, así como las tres misas de campaña celebradas en la plaza de Juan Ros. Después



EN EL CUARTO DE BANDERAS: El niño Aparisi (oficial de guardia) y su hermana Joaquina Aparisi, de nueve años.



TENIENTE CORONEL PRIMER JEFE: Francisco Moscoso y Bellod, de trece años.

el diminuto capellán castrense, niño de siete años, Andrés Molina, habló desde un balcón, convertido en púlpito, pronunciando con arrogante serenidad varios discursos que emocionaron profundamente á la multitud.

Apadrinaron la bendición de la bandera el joven letrado D. José Hernández Vilegas y la hermosa Srta. Virtudes Yáñez Tortosa.

Hubo en esta fiesta dos discursos pronunciados por los niños Moscoso y Molina, *Teniente Coronel y Capellán*, respectivamente, que merecen ser reproducidos, tanto porque son dos hermosas páginas como por lo bien que los dijeron.

He aquí uno de ellos, el del Capellán:

SOLDADOS: El acto conmovedor á que habéis asistido tiene una gran significa-

ción en la vida militar, y ejerce extraordinaria influencia en el corazón del soldado. La religión viene en nuestra ayuda, y por medio de sus ministros bendice hoy la gloriosa enseña de la patria.

La bandera, ese pendón glorioso que tremola majestuosamente por los aires, es el símbolo de todas nuestras grandezas, de nuestras glorias y de nuestras esperanzas.

Una vez bendecida por el sacerdote es y significa algo más: es un objeto sagrado al cual debemos acercarnos con veneración, y es un símbolo también de nuestras creencias, que debemos saludar siempre con respeto.

La bandera debe ser el objeto predilecto del soldado, y en ella ha de tener concentrados sus entusiasmos, sus alegrías y sus amores.—He dicho.

Luego el Teniente Coronel, niño Moscoso, arengó á los soldaditos en esta forma:

SOLDADOS: El solemne acto de la ben-



CAPELLÁN: Andrés Molina Hernández, de siete años.



SARGENTO ESCOLTA: Romualdo Vidal, de diez años.

dición de esa bandera á que acabamos de asistir emocionados, debe quedar profundamente grabado en nuestros corazones. Este acto es la primera manifestación que asocia nues-

tro espíritu de niños con nuestros destinos de hombres: es el jalón que separa nuestros presentes juegos infantiles de nuestros futuros deberes de ciudadanos.

No olvidéis que esa bandera es el símboio de la patria; que á ella debemos consagrar el entusiasmo de nuestros corazones; que donde la veamos de-



PRIMER TENIENTE: Ludgardo Delgado de Molina, de nueve años.

bemos saludarla con el mayor respeto; que donde quiera que se encuentre allí está la representación de esta noble España, tanto más querida cuanto más desgraciada; que la bandera es la patria; esta patria querida que nos dió al nacer el primer beso, que sostiene nuestros cuerpós con los productos de su suelo y que ha de guardar mañana nuestras cenizas.



PRIMER TENIENTE: Adolfo Pons, de nueve años.

Soldados: Agrupémonos en torno de nuestra bandera; y al par que le tributemos el culto de nuestro entusiasmo y nuestros amores, consagremos nuestra ferviente adoración á



TAMBOR: Vicente Jordá Moreno, de doce años.



CABO: Francisco Jordá Moreno, de nueve años.

nuestra excelsa Patrona María de las Virtudes; á nuestros padres el más acendrado de los cariños; á nuestros maestros la veneración más profunda, y á nuestros superiores el más grande de los respetos; y todos y cada uno en la medida de sus fuerzas, procuremos mañana hacernos dignos de esta noble España á la que debemos como hijos el cariño de nuestra alma, como ciudadanos los frutos de nuestra inteligencia y como soldados el esfuerzo de nuestros brazos.

Soldados: ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Los brindis fueron iniciados por el Teniente Coronel D. Francisco Moscoso, siguiéndole los Comandantes D. Antonio Galbis y D. Juan Bellod, que hablaron todos con mucho entusiasmo; y á continuación el Capitán de la cuarta compañía, Adolfo Pons y Pelayo, inteligente niño de diez años, dijo con emoción y valentía los siguientes versos, que compendian los sentimientos de sus compañeritos:

Brindo con gran alegría:
que en la primera campaña
el Batallón infantil
de Villena adquiera fama,
mostrando bien claramente
su entusiasmo y arrogancia,
pues, aunque somos pequeños,
tenemos muy grande el alma.
Brindo por el Municipio
de esta ciudad que, sin tasa,
nos ha honrado con su afecto
y protección entusiasta.
Por el rumboso padrino
y la madrina tan guapa;
por el teniente Coloma
que es muy digno de alabanza;
por el organizador
de la tropa de esta plaza,
don Eduardo Aparisi,
por quien sienten nuestras almas
un noble y filial cariño,

que sus méritos ensalza.
Brindo porque todos siempre
defendamos con las armas
el prestigio, la bandera
y el honor de nuestra patria,
que para todo español
es obligación sagrada.
Y si algún día nos viéramos
en el campo de batalla,
luchemos con valentía
por esta tierra adorada,
derramando nuestra sangre
al grito de ¡Viva España!

Aun cuando el batallón evolucionó después de la jura y realizó marchas, contra-marchas, ataque á la bayoneta y otros varios movimientos marcialmente ejecutados, no hubo que lamentar ni una sola baja: los soldaditos se portaron como unos aguerridos reclutas. ¡Bravo, muchachos!

Contemplándolos, á los padres se les saltaban las lágrimas de alegría, y al simpático Alcalde de Villena se le henchía el corazón de júbilo; porque es un entusiasta de cuanto suponga cultura y progreso.»



ROSA Y AZUL ve con gratísima satisfacción estas nuevas corrientes educativas que enseñan á los niños á ser hombres y los preparan para el mañana.

A buen seguro que estos niños no se encontrarán en el trance que un conocido nuestro que fué al fogueo siendo quinto, y si no tira con corcho mata al caballo del Coronel ¡qué estaba á retaguardia!



Damos las gracias al Sr. Aparisi y le felicitamos muy sinceramente, como asimismo á cuantos le han secundado en tan hermosa obra, que honra á Villena y pone su nombre entre las poblaciones más cultas.

EL TEATRO DE MARÍA ISABEL ❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ *Una representación*

LLEGÓ por fin el lunes que esperaba yo con tanta ansiedad; aunque acudí puntual á casa

un instante, y todos prestamos atención.

La escena representaba una sala elegante, con una gran mesa dispuesta para un festín. Pierrot y sus amigos celebraban una orgía. Reían, cantaban y todo era allí contento y algazara.



Cuando el festín estaba en su apogeo llega un criado, el cual dice á Pierrot que su madre, enferma, le suplica vaya á su lado. Pierrot quiere partir, pero sus amigos, ya ébrios, le detienen. Colombina canta su más bella canción, y Pierrot, trastornado por el vino y el placer, olvida á su pobre madre y permanece con sus infames compañeros. Vencidos por el vino quédanse todos dormidos. Entonces se produce un fenómeno extraño: de súbito surge en el centro de la escena un siniestro personaje, un esqueleto envuelto en blanco sudario y rodeado de vapores verdosos.

de mis amiguitas no fuí el primero; varios diminutos invitados estaban allí esperando impacientes, como yo, que comenzara el espectáculo.

El teatro se hallaba instalado en el gabinete; la embocadura aparecía por entre las colgaduras de la alcoba. A la derecha de la puerta, un cartel, anunciando el espectáculo, decía: «Estreno de la comedia en un acto, original de María Isabel, titulada *El despertar de Pierrot*».

Sonó un timbre y se levantó el telón. La infernal gritería de 15 ó 20 arrapiezos cesó

La extraña aparición causó una gran impresión á todos los que presenciábamos el espectáculo; pues, como digo, fué una verdadera aparición que vimos de pronto en el centro del escenario, sin que pudiéramos explicarnos por dónde había entrado.

El terrible espectro avanzó lentamente hacia Pierrot que dormía en un sillón, y extendió sus brazos como para cogerle. Pierrot lanzó un grito, y al momento el fantasma se desvaneció con la misma rapidez con que había surgido. Pierrot despierta sobresaltado; mira á todos lados y sólo ve á sus compañe-

ros que duermen su embriaguez. Colombina está en el suelo con el cabello en desorden y el traje manchado por el vino.

Pierrot recuerda que su madre, enferma, le ha mandado llamar; siente profundo desprecio hacia los amigos que así le apartan de su deber; y jurándose á sí mismo cambiar por completo de vida y ser desde aquel instante un buen hijo y un hombre honrado, sale precipitadamente en busca de su madre.

Aquí terminó la comedia. El éxito fué inmenso; todos



los espectadores, chicos y grandes, aplaudíamos frenéticamente. El telón se alzó y apareció la cabeza de María Isabel que saludaba sonriendo.

Lo que más llamó nuestra atención, lo que nos causó asombro, fué la aparición que habíamos visto. Ninguno sabíamos explicarnos cómo puede hacerse aquello; pero María Isabel ha ofrecido revelarme el secreto, y yo lo contaré en el número próximo, que será el último; luego vendrán las comedias.

JAVIER CABEZAS.

(Fotografías del mismo.)

LAS GOLONDRINAS

SE fueron ya... Se fueron
 las golondrinas,
 de cruz en cruz volando,
 de torre en torre,
 vestidas con sus mantos
 de peregrinas...
 Y el tiempo ¡ay! tras ellas
 rápido corre...
 No ha mucho que llegaron
 alborozadas
 cuando abría el almendro
 sus blancas flores,
 á entoldar los aleros
 y las fachadas
 con los «nidos de barro»
 de sus amores.
 Yo las ví en las serenas
 tardes de estío
 errar con vuelo incierto
 por la llanura
 y rozar con sus negras
 alas el río,
 y subir como flechas
 hacia la altura...

Iznájar, Noviembre de 1904.

Las ví al nacer el día
 clamoreando
 en alegres bandadas
 ir por los cielos,
 y afrontar las canales
 aleteando
 hasta encontrar el pico
 de sus hijuelos.
 Las ví... Ya no las veo.
 Ya se alejaron,
 llevándose en las crías
 su amor fecundo...
 Mis pobres golondrinas
 que me encantaron,
 pasaron como «todo
 pasa» en el mundo.
 ¿Volverán? ¡ay! Ya el cierzo
 seca las hojas
 y desnuda los valles
 y las colinas...
 Corazón, árbol triste
 que ya despojas...
 ¿Latirás cuando vuelvan
 las golondrinas?

JUAN DE CASTRO.

mos obligados á obedecer, y no está bien que un aspirante á oficial se tome la justicia por su mano. Paso por alto que haya usted pronunciado palabras mal sonantes en un momento de ofuscación; pero usted ha lanzado una acusación que es preciso ratifique y demuestre con pruebas.

Juan no tenía pruebas; pero acordándose de cierta sentencia pronunciada por Wilson cuando él se quejaba de las frases duras de Sawbridge, quiso salirse por la tangente con estas palabras:

—Capitán, todo ha sido por celo del servicio.

—¿Celo? No me satisface la excusa. Además: ¿por qué le pego usted un puntapié? Debía usted saber que todo eso es contrario á la Ordenanza.

—Sí, señor; pero lo hice por efecto de mi celo al servicio.

—Pues tenga usted presente que ese celo es excesivo y que yo espero que no le demuestre tan grande en lo porvenir.

—Sin embargo, nada bueno haremos sin celo; yo deseo que usted pueda llamarme, como en cierta ocasión me dijo, el más celoso de los oficiales.

—Sí, señor, pero celoso sin excederse. Retírese usted y que yo no vuelva á tener noticia de que argumenta usted con los pies.

—Sin embargo, la bota estuvo en su lugar. A la orden mi capitán.

Cuando Juan se retiró, el capitán dió rienda suelta á la risa. Luego dijo á Sawbridge:

—Atribuyendo su lenguaje al celo por el servicio, no ha podido refutar más discretamente las teorías que yo expuse en defensa de usted; lo cual es una lección provechosa para los dos. ¿No lo cree usted así?

—Sí, señor. De todos modos, su defensa

de igualdad de derechos está en grave peligro.

El día antes de la salida del lugar Wilson y Asper comieron en casa del gobernador.

Como no tenía nada que hacer y aún no había bajado á tierra, Sawbridge se dirigió en un bote á Gibraltar para realizar algunas compras; dejando el cuidado de la *Harpy* al oficial más antiguo, señor Smallsole, que era enemigo de nuestro filósofo.

El oficial se quedó muy contento porque tenía seguridad de castigar á Juan. Como todos aquellos que raras veces disponen del mando, Smallsole era un tirano: trataba duramente, cruelmente á la tripulación; y en su afán desordenado de mandar, obligaba á hacer dos ó tres veces el mismo servicio, á pretexto de no estar bien hecho. A todos los oficiales encontraba faltas.

—¡Señor Biggs, parece que está usted dormido! ¿Cree usted que no hay nada que hacer porque no esté á bordo el primero? Vamos, dese prisa. Hace una hora que debía usted estar dispuesto.

Mesty, que conocía el carácter de Smallsole y había escuchado la filípica, dijo á Juan, que conversaba con él junto al castillo de proa:

—Ese tirano no va á dejar á nadie en paz.

La tirana violencia de Smallsole se comunicó de unos á otros. Ni el contra-maestre se vió libre de su ira.

—¡Rayos y truenos! ¿Qué hace usted, Sr. Biggs? ¿No puede moverse de ahí?

—Hago lo que puedo, Sr. Smallsole. ¿No ve usted que el castillo está atestado de holgazanes?—y dirigió la vista al punto en que Juan y Mesty estaban hablando.

—¿Qué hace usted ahí, señor Franco?—preguntó al joven el capitán interino.

--Nada.

—Entonces, yo le daré algo para que se entretenga. Suba usted al tope de ese mástil y espere hasta que le mande bajar.

Y dando algunos pasos continuó:

—En marcha, le enseñaré el camino.

Juan le siguió hasta que estuvieron en la cubierta.

—Ahora suba usted al mastelero de juanete y siéntese en las crucetas. ¡Vamos, arriba!

—¿Para qué he de subir allí?

—Para cumplir un castigo.

—¿Qué delito he cometido?

—No admito réplicas. ¡Arriba!

—Si á usted no le sirve de molestia, quisiera que discutiésemos ese punto.

—¡Discutir yo! ¡Rayos y culebrinas! Yo le enseñaré á discutir. ¡A las crucetas!

—Dispense usted. El capitán me dijo que las Ordenanzas eran los principios y reglas por que todos debemos guiarnos en el servicio. Pues bien: he leído todos los artículos, me los sé de memoria, y en ninguno dice una palabra de masteleros de juanete, ni de crucetas.

—¿Sube usted al mastelero, sí ó no?

—¿Quiere usted indicarme en qué artículo de la Ordenanza está mencionado el mastelero?

—Le digo á usted que suba al mastelero, ó ¡por mil bombas! le haré yo subir en un saco.

—Tampoco hay nada de sacos en la Ordenanza. Voy á decirle lo que hay en ella: «Todos los oficiales de bandera (*leyendo*) y todas las personas que están en el servicio de los buques de guerra de Su Majestad, si se hicieren culpables de juramentos, serán castigados con la pena de...»

—¡Cien mil legiones! —gritó Smallsole loco de ira viendo que la tripulación se estaba riendo—. ¡Habrá condenación!...

—Condenación, no; la condenación vie-

ne después de haberla decretado un consejo de guerra; lo que el artículo dice es que será castigado con pena proporcional á la culpa.

—Y lo que yo digo es que suba usted al mastelero.

—Bueno; pues yo prefiero no subir.

—Entonces queda usted arrestado. Yo haré que se le juzgue por un consejo de guerra. Vuelva usted á su departamento.

—Con el mayor placer. Esto es justo y con arreglo á la Ordenanza, artículo 28.

Y haciendo un saludo se retiró á la cámara. Jolliffe, que había escuchado la disputa, le siguió. En la escalera le dijo:

—Siento cuanto ha pasado, y mi opinión es que debió usted subir al mastelero.

—Discutiremos ese punto.

—Eso quisiera todo el mundo: discutir las órdenes; pero si eso estuviese permitido no habría servicio posible. Lo primero es obedecer la orden, y luego se puede exponer la queja, si es justa.

—No dicen eso los artículos de la Ordenanza.

—Pero así se hace en el servicio.

—El capitán me dijo que los artículos de la Ordenanza son la guía para el marino.

—Y dijo muy bien; pero esos artículos no pueden sacarle á usted del mal paso. Veá usted lo que dicen: «Todo oficial, marino, etc., que incurra en desobediencia será castigado.» ¿No es usted culpable con arreglo á ese artículo.

—Eso está aún por discutir. Una orden, para que sea legal, es preciso que esté establecida por la ley. ¿En qué ley está esa orden? Además, cuando yo pegué á Easthupp el puntapié me dijo el capitán que los oficiales no debían tomarse la justicia por su mano. Y siendo esto así, ¿por qué se la toma ese oficial?

—Podrá haber obrado mal como oficial

mayor; mas esto no autoriza á usted para desobedecerle. Si las órdenes pudiesen ser discutidas, no habría disciplina. No olvide usted que eso es una costumbre en el servicio, y ya sabe que la costumbre es ley.

—También eso es discutible.

—¡Usted quiere discutirlo todo! Aquí, como en tierra, existen la ley escrita y la costumbre; igual respeto hay que guardar á las dos. En la Ordenanza no puede estar todo previsto.

—Para los casos imprevistos están los consejos de guerra.

—En efecto, con la pena de muerte ó la de expulsión del cuerpo; ninguna de las cuales encontrará usted agradables. Aunque el capitán sea amigo de usted no podrá perdonarle el mal paso que ha dado, no menos censurable por tratarse del primer oficial. Créame usted, debe someterse á alguna pena.

—Diré á usted: mis ojos comienzan á ver algunos puntos tal cual son. El capitán me dijo cuando me admiré de lo mal que se habla á bordo, que todo era celo por el servicio; ahora veo que lo que en un superior puede ser celo, es una insolencia en un inferior.

—Así es.

—Me dijo también el capitán que los artículos de la Ordenanza son la norma por que ha de regirse el marino; infringe el 2.º el oficial mayor y queda libre, mientras que yo debo sufrir un castigo. ¿Cómo he de saber que puede castigarme un oficial cuando el capitán me ha dicho que sólo él puede aplicar las penas? Si yo obedezco al Sr. Smallsole, ¿no incurro en desobediencia al capitán? Creo que estoy en terreno firme y que mis argumentos son irrefutables.

—Pues yo creo que el oficial mayor hará mejor defensa de su causa y no darán oídos á los argumentos de usted.

—Lo cual sería obrar contra las reglas de la justicia.

—Pero de conformidad con las reglas del servicio.

—Me voy convenciendo de mi insensatez. ¿Por qué se figura usted que he venido al mar?

—Porque no sabía lo que se pescaba.

—Justamente; y porque esperaba hallar aquí la igualdad que en vano busqué en la tierra.

—Amigo mío, me han dicho que esas teorías que defiende usted las ha tomado de su padre; mas, sin faltarle al respeto, creo que sólo estando desequilibrado ha podido usted figurarse que en el mundo existiera semejante igualdad.

—Así empiezo á creerlo, sí; pero eso no es bastante para afirmar que la igualdad no deba existir.

—Si no existe, es porque no debe existir. Y así como en un individuo no puede usted encontrar la perfección absoluta, tampoco en la sociedad hallará la igualdad que anda buscando. Su padre de usted, dicho sea con toda suerte de respetos, debe ser un ente visionario.

—Acaso tenga usted razón. Así, pues, creo lo mejor volverme á mi casa.

—No, amigo mío: siga usted en el servicio, y aquí perderá esas ideas insensatas y se convertirá en un perfecto caballero. El servicio es una escuela dura, pero provechosa. Aquí cada individuo encuentra su nivel; pero no el igualitario que usted pregona, sino el de sus aptitudes. Tengo entendido que es usted hijo único y su padre muy rico; cosas ambas que le dan á usted cierta independencia; pero mientras el hombre no tiene una profesión no puede llamarse independiente. Palabra de amigo: no abandone usted el barco, porque no encontrará una profesión mejor que ésta. Sin embargo...

—¿Qué?

—Que si no sube usted hoy al mastelero, tendrá que hacerlo mañana.

—Ya discutiremos ese punto; de todos modos hoy no pienso subir.

CAPÍTULO XII

JUAN COMIENZA Á OBRAR Y Á PENSAR POR SU PROPIO INSTINTO

Aun cuando en el interior de Juan se agitaban mil encontrados sentimientos, no le impidieron dormir; la filosofía no está reñida con el sueño.

Los argumentos de Jolliffe, aun reconociendo que eran buenos, le habían hecho poca sensación. Y es que cuanto más absurdas son las teorías que sustentamos, más difícil nos es despojarnos de ellas.

Juan pensaba que siempre era tiempo de subir al mastelero; y si bien le hacían cumplir un castigo, no le demostraban que fueran malos sus argumentos; lo que resulta es que no los escuchaban. Y así pensando se quedó «hecho un cesto.»

A la mañana siguiente fué llamado á presencia del capitán, al cual había llegado la queja por el conductoreglamentario.

Juntos Juan y Smallsole el jefe los interrogó. Juan hizo un discurso de una hora larga; repitió todos los argumentos que ya conocemos; y cuando ninguno de los dos tuvo más que alegar, fueron despedidos y quedaron solos Wilson y Sawbridge.

—Amigo Sawbridge—dijo el capitán—, no podemos por menos que reconocer cómo la desviación del camino recto puede conducir á un mal paso. Confieso que, por querer sacar á ese muchacho de las manos de su padre, obré mal en un principio. Nunca pude figurarme que Juan fuera tan agudo.

—Lo es, y mucho.

—Le pinté el servicio mejor que en sí es, y él ahora se escuda con el exacto cumplimiento de cuanto ha escuchado de mis labios; de donde resulta que si ha cometido alguna falta, yo soy el principal culpable. ¿No lo cree usted así?

—Opino como usted.

—Smallsole ha obrado cruelmente, tínicamente castigando al muchacho por faltas que no ha cometido; y ahora me encuentro con un grave problema por resolver: si castigo á Juan, lo hago por una falta que yo he cometido, y si no le castigo siento un precedente que puede ser funesto para la tripulación.

—Es preciso castigarle, mi capitán.

—Envíe usted á buscarle.

Juan se presentó y saludó con extrema cortesía.

—Señor Franco—dijo el capitán con acento duro—, me veo precisado á imponer á usted un castigo, aunque estoy satisfecho de su celo por el servicio y seguro que obró usted por ignorancia; pero la disciplina tiene ciertos rigorismos que no hay más remedio que observar en bien del servicio. He mandado llamar á usted para decirle que suba inmediatamente al mastelero en presencia de toda la tripulación, puesto que toda la tripulación estaba presente cuando desobedeció la orden.

—Cumpliré su mandato con mucho gusto, señor capitán.

—Y en lo sucesivo no olvide usted que cuando un oficial le imponga un castigo, si á usted le parece injusto se queja por el conducto reglamentario... pero después de haberle cumplido.

—Tendré mucho gusto en hacerlo así ahora que conozco sus deseos.

—Para terminar, Sr. Franco: hágame el favor de irse al cuerpo de guardia y

JOYAS LITERARIAS

EL ANDAMIO

I

Don Baltasar era un hombre muy rico. Con la pingüe renta que le producian sus casas edificaba otras, y así todos los años aumentaba su propiedad en una proporción asombrosa.

Vivía en una de sus peores fincas, con una criada sesentona, que era á la vez cocinera y ama de llaves; servidumbre barata y acomodada á los gustos del amo, porque la vieja le tachaba de pródigo.

Llegó á ser en Madrid D. Baltasar dueño de manzanas enteras, todas en los barrios extremos de la población, con habitaciones muy modestas, baratas de construir y fáciles para el alquiler. Había aprendido en su larga práctica del arte del casero que las habitaciones de poca renta la proporcionan mayor

y más segura. Siempre es menos difícil desahuciar á un inquilino que debe una mensualidad de treinta pesetas que á otro que no paga una anualidad de veinte mil reales.

Don Baltasar llegó á tener la monomanía de la edificación. Sus paseos diarios, después de la comida y de la cena, aconsejados por el médico como medida saludable, servían al rico propietario de estudio y de observación productiva. Medía un solar con la mirada; calculaba, según el sitio, lo que podría costarle, y al poco tiempo ya era dueño de aquel terreno, donde surgía una casa más, como por arte de magia.

Tienen otros la avaricia del dinero; D. Baltasar tenía la de las casas. No concebía él que nadie pudiera enorgullecerse por poseer treinta millones; pero envidiaba al que pudiera ser dueño de treinta casas. Y ya le andaba cerca.

Por eso se consideraba casi feliz, gozando en la contemplación de sus propiedades urbanas, que miraba desde la calle con cariño casi paternal.

II

Un día D. Baltasar vió turbada la apacible tranquilidad de su vida por un accidente inesperado y trágico.

Ya estaba á punto de quitar el andamiaje y poner la bandera sobre el tejado de una nueva casa en las afueras de la Ronda de Toledo, cuando un albañil cayó desde el último piso y quedó muerto en el acto.

La mujer de la víctima y sus cinco huérfanos, el mayor de siete años, se presentaron al día siguiente de la desgracia en casa de D. Baltasar. Lamentóse éste de lo ocurrido, aconsejó la conformidad y la re-

signación á la viuda, que se deshacía en amarguísimo llanto, no quiso acariciar á los niños por no enternecerse, y les dijo que ya hacía bastante por ellos pagándoles el jornal entero correspondiente al día de la catástrofe, cuando el albañil había dejado de trabajar á las ocho de la mañana.

—Señor, señor—decía la infeliz—, me quedo sola en el mundo con estas criaturas; tenga usted piedad de nosotros.

Don Baltasar, con el corazón muy oprimido, acaso más por la dádiva que por la desdicha, le dió un billete de cincuenta pesetas, y empujando con suavidad á la mujer y á los chicos, que formaban apretado y tristísimo grupo, los puso á la puerta de la calle, diciéndoles:

—Basta, basta por Dios; no puedo oír lástimas, me hacen mucho daño.

La desdichada viuda, con el rostro bañado en



lágrimas, volvióse antes de salir y gritó con voz trémula y balbuciente:

—¿Por qué los que hacen ustedes casas no han de poner, siquiera por caridad, unos andamios más seguros? ¡No tienen ustedes conciencia!

Se fué la viuda. D. Baltasar quedó preocupado y meditabundo, y aquella tarde mandó llamar al capataz de la obra donde había ocurrido la desgracia.

III

—Sí, señor, sí—le contestó Francisco, hombre ordinario y rudo, pero de corazón generoso y bien templado—, no hay otro remedio para evitar estas ocurrencias. ¡Si usted lo hubiera visto! Fué horrible, sobre todo la llegada de la mujer á las doce, con la comida para el pobre albañil. El cadáver estaba allí todavía, porque el juez no se presentó hasta las dos de la tarde. Le aseguro á usted, don Baltasar, que yo y todos los operarios lloramos como unos chiquillos. Era una escena que partía el corazón. En fin, me impresionó tanto, que cuando se llevaron al muerto en una camilla y se marchó la mujer con los niños, acongojada y medio loca, antes de seguir el trabajo, reuní á los canteros, á los carpinteros y á los albañiles, y les dije: «Os juro por la memoria de mi padre y por la salud de mis hijos no encargarme desde hoy de ninguna obra si el dueño no se obliga á poner el andamiaje como Dios manda.» Y los pobrecillos lo agradecieron tanto, que me dieron vivas y todo.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor; y aunque usted no me hubiera llamado, yo habría venido para decirle que estoy resuelto á ello, que no quiero... que no quiero, vamos, ver otra desdicha como la pasada.

—Yo también deseo evitarla, si está en mi mano.

—Claro que lo está.

—Bueno, hombre, bueno. Ya conoces las casas que tengo en construcción: hazme el presupuesto exacto de lo que puede costar eso, y tráemelo mañana.

—Dios le bendiga á usted, D. Baltasar.

—Vete con Dios, Francisco.

IV

La valla para los andamios, según lo proyectado por el maestro, costaría muy cerca de dos mil pesetas. D. Baltasar frunció el entrecejo al ver la cifra, y dijo á Francisco:

—No creí yo que ascendiera á esa cantidad. Déjame aquí el proyecto, y lo estudiaré, lo estudiaré.

Pasaron días y meses, y cada vez que Francisco preguntaba á D. Baltasar cuándo se comenzaba la construcción del vallado, contestaba con evasivas ó hablaba de otra cosa.

Al cabo Francisco se decidió á abordar la cuestión, y dijo así, recurriendo á una mentira piadosa:

—Ayer estuvo á punto de ocurrir otra desgracia en la obra de la calle de las Velas.

—No sabía nada. ¿Qué ha sucedido?

—Pues... que un carpintero de los que estaban clavando los marcos de las ventanas del último piso sintió así como á modo de un vahído, y si no le agarra un compañero se cae á la calle.

—¿Pero no se cayó?

—Afortunadamente.

—Pues que tengan cuidado, hombre, que tengan cuidado. Esa gente es tan poco previsora, que no ve nunca el peligro, y se expone muchas veces sin necesidad, por imprudencia, nada más que por imprudencia.

Francisco miró con fijeza al avaro, que ya se disponía á cambiar de conversación, y rompió al fin diciendo con acento enérgico:

—Oiga usted, D. Baltasar, pudiendo evitarlo, no quiero que por mi culpa se mate cualquier día un hombre. Además, lo he jurado y he de cumplirlo: ó se pone la barandilla á los andamios, ó busque usted otro que se encargue de las obras.

—¡Hola, hola!—exclamó D. Baltasar—; esto ya tiene el carácter de una exigencia, y te advierto que yo no tolero imposiciones de nadie. Reformaré los andamiajes cuando lo juzgue conveniente; pero no á la fuerza, sino por mi propia voluntad.

—Así lo deseo, y sólo le suplico que me diga cuándo piensa hacerlo.

—Ya lo he dicho: cuando me parezca bien, y si alguien me lo exige, nunca.

—En tal caso, disponga usted desde ahora de mi plaza.

—Eso se dice pronto, amiguito. Has olvidado, sin duda, que cuando murió tu madre me pediste prestadas mil pesetas y todavía no me has devuelto más que una cantidad insignificante. En cuanto hayas saldado esa cuenta, podrás considerarte libre para tomar tales resoluciones.

—No había olvidado mi deuda—replicó Francisco—, y tan dispuesto me hallo á pagarle, que

desde hoy se quedará usted con todo lo que gane hasta que la cobre por completo.

—Así lo haré.

V

Casi un año trabajó Francisco sin percibir ni la más pequeña parte de su salario, y al cabo de ese tiempo, que vivió empeñando cuanto tenía y adquiriendo otras deudas, se presentó á D. Baltasar para despedirse.

—Ya estamos en paz—le dijo—; ahora, con Dios. Yo he cumplido con mi deber; cumpla usted con el suyo.

El propietario, aun considerando insultante aquella despedida, no contestó palabra y pensó otra vez en la valla de los andamios. Echó de nuevo sus cuentas y resolvió no hacerla. El ejemplo de otros le decidió á dejar las cosas como estaban, y además, eran tantas las casas que por entonces estaba edificando, que el vallado costaba más, mucho más que el año anterior.

VI

Dos años transcurrieron sin que D. Baltasar, cada vez más acaudalado y miserable, hubiese introducido modificación alguna en los andamios de sus obras. Continuaba invirtiendo en casas nuevas el producto de las otras, y vivía lo mismo que cuando sólo era dueño de la primera de sus fincas, un casucho de la calle de la Ruda, cuya exigua renta fué origen modesto de todas sus propiedades cuantiosísimas.

La misma sirvienta, casi inservible ya; la misma comida, no frugal, sino insuficiente, y los mismos paseos para recrearse en la contemplación de sus casas, único goce de aquel desdichado.

Una noche después de cenar, embozado en su capa, ya bastante raída, bajó D. Baltasar hasta la Ronda de Embajadores, como de costumbre, para

entrar por la calle de Segovia, después de recorrer lo que podríamos llamar sus dominios.

Era invierno y helaba. Por aquellos sitios apenas se veía gente.

Hacia la mitad de la ronda levantábase, casi concluida, una casa de vecindad de cinco pisos, con numerosos huecos en la fachada; una de esas que abundan en los barrios bajos, con varios patios y corredores de habitaciones numeradas; viviendas para obreros, que pagan el alquiler por

semanas. Aquella finca era la favorita de don Baltasar; le había costado, relativamente, muy poco y debía producirle una buena renta: el ideal del casero.

Por eso, calculando por la millonésima vez los alquileres ya próximos á cobrarse, detúvose con fruición el acaudalado propietario enfrente de su nueva casa, que aún conservaba todo el andamiaje exterior.

Pocos minutos hacía que D. Baltasar, sonriente y feliz, gozaba en extática contemplación, cuando de pronto se sintió cogido por detrás con violencia y empujado fuertemente por vi-

gorosas manos hacia la valla que rodeaba la casa.

La acometida fué tan rápida y tan inesperada que no le quedó al viejo ni sangre en las venas, ni aliento para gritar, ni fuerzas para resistir.

Tres hombres eran los que, sujetándole con su propia capa, llevándolo casi en vilo, le hicieron entrar por el portillo de la valla, abierto entonces tal vez con ese objeto. Por sus trajes parecían albañiles, y sin duda para no ser al pronto conocidos se habían enjalbegado los rostros como los payasos.

Don Baltasar, mudo de terror, ni siquiera pensó en defenderse; creyó llegada su última hora, y rezó mentalmente.



—Arriba, arriba con él—dijo uno de los hombres empujándole hasta el portal.

Desde allí le obligaron á subir la escalera, alumbrándola con fósforos, que á cada momento se apagaban, quedando todo en espantosa lobreguez, y tramo á tramo, oyéndose sólo la respiración jadeante del que se creía secuestrado y próximo á morir, llegaron al último piso, el quinto de la casa. La ascensión duraría apenas cuatro minutos; para D. Baltasar fueron un siglo.

Ya en la habitación, todavía sin maderas ni cristales en las ventanas y alumbrados á intervalos por los fósforos, los tres hombres despojaron de la capa al viejo, que, cayendo de rodillas, dijo con apagada voz:

—¡Por Dios, por Dios, no me maten ustedes!

—Tranquílcese usted, que no vamos á hacerle ningún daño—contestó uno de aquéllos.

—Yo les daré cuanto me pidan; mil duros, dos mil..., lo que quieran; pero no me maten.

—No somos ladrones—dijo otro—; levántese usted, salga por esa ventana al andamio y vaya por él hasta el extremo de la casa. Allí le esperamos, recogerá usted su capa y se marchará en paz y en gracia de Dios... si no cae á la Ronda y se rompe el alma.

—Andando, andando, que no queremos perder tiempo.

Dos de los hombres salieron de la habitación; el que quedaba obligó á D. Baltasar á saltar al andamio por la ventana, cuyo antepecho era muy bajo.

VI

Cuando el aterrado viejo se halló sobre la insegura tabla, débilmente sujeta, como el resto del andamiaje, por las sogas á que aquél se agarraba con espanto, sintió un vértigo y cerró los ojos. Al abrirlos por el instinto de conservación, vió en el marco de la ventana la figura siniestra y amenazadora del hombre, que le repitió con voz muy dura:

—¡Andando, andando! En la última ventana esperan á usted mis compañeros.

Don Baltasar comprendió que era inevitable, y empezó lentamente á andar sobre la tabla, resbaladiza con el hielo. Sin querer miró, viendo allá á lo lejos las luces de los suburbios que brillaban en la obscuridad, y cerca, tan cerca que parecía venirle encima, la masa negra de la casa donde se mató el desdichado albañil, única finca en cuya

contemplación no había vuelto á recrearse nunca.

El temblor del miedo y del frío paralizaba los miembros del propietario, poco antes tan feliz, su corazón latía con una velocidad aterradora y sentía que le zumbaban los oídos. No pudo más y se detuvo.

—¡Andando!—repitió la voz.

—Aquí le esperamos á usted—gritó uno de los albañiles asomándose por la última ventana—. No tenga usted miedo, no hay peligro.

—Voy á matarme... no puedo andar...

—Si hubiese usted puesto la barandilla no temería caerse ahora. ¡Veinte metros hay desde el suelo. veinte! Mírelos usted bien.

Don Baltasar cerró otra vez los ojos, hizo un supremo esfuerzo, y agarrándose con las uñas á la pared, sintiendo bajo sus plantas el tablón cimbreante, llegó por fin á la ventana donde le esperaban los tres albañiles, y en sus brazos cayó como muerto.

VII

Así lo recogió en la Ronda una pareja de guardias, que no conociéndolo, le condujo, todavía sin sentido, á la casa de socorro. De allí lo llevaron á la suya.

La criada supuso, como todos, que D. Baltasar era víctima de una congestión que le había sorprendido en su acostumbrado paseo nocturno.

Cuando, gracias á los auxilios del médico, volvió en sí, no refirió palabra de lo sucedido.

—Lo merezco, lo merezco—decía para sí—; aquellos hombres han sido muy crueles, mucho; pero tenían razón.

El médico juzgó grave el estado del enfermo y se lo notificaron á éste, con las acostumbradas precauciones. Entonces modificó su testamento é hizo llamar á un cura.

Con piadosas y saludables palabras le consolaba después de confesarle, cuando D. Baltasar preguntó de pronto:

—Y después de todas esas mandas que dejo para los pobres obreros, ¿se salvará mi alma, se salvará?

—La misericordia de Dios es infinita y usted se ha arrepentido muy de veras de todos sus pecados.

—De todos, sí. La valla... los albañiles... allá arriba...

Empezaba á delirar, y el sacerdote iba ya á re-

tirarse, creyendo cumplida su misión, cuando le llamó D. Baltasar y le preguntó en voz muy baja:

—Para subir desde la tierra hasta el cielo habrá por el aire algo así como un andamio, ¿verdad?

—Sí, señor—le contestó con afabilidad el cura para no contrariarle.

—Pues en ese caso, señor cura, por Dios, que no se olviden de ponerle, como á todos los de mis casas, una barandilla, ¡porque si no, me caigo, me caigo y no entro en la gloria!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

(Ilustraciones de Benigno.)

CUENTOS DEL CONCURSO

HOJAS DE LA NIÑEZ

MAMÁ!... ¡mamá!...—exclamaba Refugín pasillo adelante, en dirección al cuarto de su madre.

—¡Niña, silencio!—le replicó aquélla en voz baja—. ¿Acaso ignoras que duerme el niño?

Refugín contuvo un tanto su carrera, y siguió gritando.

—¡ROZA Y AZUL, dice que va á degalar un duro por un quento!—, y se echó en los brazos de su madre haciendo un gracioso mohín.

—Te quiero—la dijo la mamá—más sosegada, más quietecita; sabes lo que me gustan las niñas tranquilas, y tú, tan revoltosa, me das pena...

—No, mamá, ya zere muy quieta.

En tanto, otra niña había llegado hasta el dintel de la habitación, sin producir el menor ruido, y observaba la escena entre su madre y su hermanita. Y recordando el anuncio que ésta, con su torpe lengua, había llevado á través del pasillo, no pudo reprimir la risa y corrió junto á ellas, exclamando entre carcajadas:

—¡Mamá, Refugín no dice la verdad! Siempre se equivoca.

—No te extrañe, Conchita—repuso la bondadosa madre—. ¿No comprendes que es pequeña y que sus facultades son más torpes que las tuyas? Pero esperad, el niño

está dormido, y si con nuestra charla se despierta, llorará. Vámonos al comedor; allí estará Jenara, y me contaréis todo lo que se os ocurra.

Pronto quedó la habitación á oscuras y en silencio, y por el carrejo adelante notóse el suave zapatear de unos pies menuditos y la argentina voz de Refugín:

GARTA ILUSTRADA

 randa de Cho  D 33 o 4
 Quia  a  go  rnda: He sabido por tu primo P. P. que estas en 
 con la  punchada á consecuencia de haberte  una  y: yo
 pensaba ir á verte y no he podido tomando esta  para decirte que
 la  se ha sido por que mi her  al subirse á un  á coger una  se
 cayó de tan mala manera que se saltó un  y se dio un  haciendo que
 llevarle á  á buscar un médico y á la botica en una  y un 
 San + por hoy se despidi tu amigo


—¡Yo también escribiré para ganar las cinquenta pecetaz!...

—No por mucho pan es mal año—decía doña María en torno de las tres niñas que escribían á la luz rosada de la lámpara—. ¡Ah!, si siempre os viera así, hijas mías, cuán gozosa estuviera. Sabed que el trabajo es una virtud muy grande que eleva los países y lleva al hombre hacia Dios. Por el trabajo

se come, por el trabajo se ahorra, por él se hacen también las chucherías con que vosotras jugáis.

Refugín, que garabateaba sobre un trozo de papel, al oír esto último, tiró la pluma y con la vivacidad de su naturaleza nerviosa exclamó:

—¿Me compras un muñequín azí, mamá— y señaló con las manos al aire—, zi me da ROZA Y AZUL el premio?

—Mira, mira—repuso Conchita en tono enfadoso, dirigiéndose á su hermana—, ahora por este *chinito* que me has echado tengo que escribir esto de nuevo... Como tú no haces más que borrones no te importa manchar lo ajeno—; y una lágrima asomó bajo sus párpados de terciopelo.

La madre, dulce juez en las contiendas de sus hijas, posó sus labios sobre la frente de Conchita y enjugó sus ojos con el pañuelo de su bolsillo.

—¡No llores, hija mía, que para llegar al fin de nuestras obras hay que salvar inconvenientes! Demuestra tu voluntad rehaciendo lo estropeado.

Conchita no atendió la observación de su madre y terminó de escribir sus cuatro cuartillas.

En la mesa quedaba aún la tercera niña, Jenara. Muy atenta á su labor, no había charloteado ni reído, y con el esfuerzo virtuoso de su paciencia daba fin á su escrito, limpio, sin tachaduras, de clara ortografía y firme letra.

Refugín y Concha, ya conciliadas, corrieron á otra parte á contarse sus intimidades infantiles, y doña María y Jenara quedaron en el despacho.

Al poco rato todos dormían.



Jenara había ido á casa de una amiguita á recoger unas labores de bordado. Refugín y Concha llegaban de un bonito paseo por el campo. Traían jacintos, clavellinas y nardos.

Por el camino habían tejido con ellas una preciosa guirnalda. Al entrar besaron á su madre, la dejaron varias flores, y después corrieron en tropel á coronar con las restantes las cabezas de sus muñecas.

Pronto se detuvo Conchita. ROSA Y AZUL, sobre la mesa del comedor, encerrado en su faja satinada, convidaba á ser leído. Rompió precipitadamente la fina envoltura, y se dispuso á examinar los grabados. Refugín, que se alzaba de puntillas, apoyada en su hermana, pugnaba por ver los *santos*.

Pero pronto Conchita se suelta de su brazo y corre en busca de su madre, exclamando:

—¡Mamá! ¡Jenara ha ganado el premio!... ¡Jenara ha ganado el premio!... ¡Mira, mira, aquí lo dice—, y señalaba con su dedo de rosa un epígrafe de la Revista que decía: «Concurso de cuentos. Premio, Jenara Sáez de la Riva».

Jenara, que había llegado ya con sus delicadas labores, no se inmutó al recibir noticia que tanto alababa su amor al trabajo.

Con amable sonrisa saludó el entusiasmo de sus hermanas, y aunque en sus hermosos ojos de azul brilló la satisfacción, no hubo en ellos ni en el gesto de su cara alarde alguno de soberbia ni vanidad.

Su madre, que llegaba oportunamente, juntó á las tres niñas y sobre sus preciosas cabecitas puso un sólo beso.



—Cuatro libretas de la Caja de Ahorros has de comprarnos hoy, mamá—dijo Jenara—pues quiero emplear así distribuidas entre mis hermanos las cincuenta pesetas del premio de ROSA Y AZUL.

—Y yo—repuso Refugín alzando á Jenara la guirnalda tejida en el campo—te degalo esta codona de florez para que adornes con ella tu cabeza.

LEMA: «BETTISTA GOZZADINA.»

(Once de los admitidos.)

VIAJE COMICO AL POLO SUR

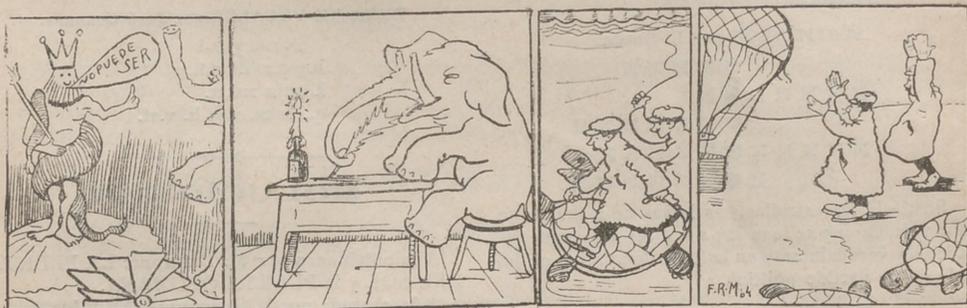
REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ,
QUE ES QUIEN CUENTA LAS TERRORÍFICAS Y ESPELUZNANTES AVENTURAS

(Continuacion.)

eran gentes compasivas nos transportaron por arte mágica á los dominios de Neptuno, que se hallan á 14° del Polo. Desde allí podíamos llegar en un momento.

Neptuno nos recibió tenedor en ristre; pero cuando se enteró de quiénes éramos y

yo no tenía embotellada ninguna reforma me ví en grave aprieto. Nicéforo me tendió un capote para sacarme del compromiso; pero lo que consiguió fué meterme más adentro de las bañeras en que celebrabamos el consejo. Yo me ahogaba materialmente



el punto en que habíamos nacido, se puso más alegre que unas castañuelas, y me hizo cantar las sevillanas de *Reverte*, que bailaron Nicéforo y Espiridión.

A primera vista parecerá que estábamos haciendo el oso; pero como en el interior del mar se ven las cosas bajo distinto prisma, resultó que nos tomaron por *personas* distinguidas, y quisieron nombrarnos ministros.

Nicéforo objetó que aún no tenía el grado de bachiller; Espiridión expuso su incompetencia, y yo alegué mi menor edad.

¡Cómo si no! Tuvimos que aceptar las cartaras acuáticas. Espiridión fué nombrado ministro de Caminos y Puentes; Nicéforo de Estado... húmedo, y yo de Equitación, que es allí el ministerio de la Guerra.

El primer consejo le celebramos un jueves por la tarde entre dos aguas, potables y purgantes.

Neptuno me concedió la palabra, y como

del sofocón. ¿Qué decir? De pronto me acuerdo de que soy andaluz y hablo de la Torre del Oro, de la Giralda y de los boquerones.

Mis compañeros me escuchaban estupefactos, previendo una catástrofe; mas sucedió todo lo contrario, pues apenas terminé mi discurso el auditorio me ovacionó de extraordinario modo. Las aguas, tomando parte en el entusiasmo, comenzaron á moverse con fuerza inusitada. ¡Qué oleaje!; Qué modo de *bravear* las olas! Catorce barcos se fueron á pique; pero como este punto no es residencia veraniega, dejáronle en seguida y se marcharon á otro sitio más fresco.

Mientras el auditorio me ovacionaba y subían y bajaban los buques, Nicéforo y Espiridión, aprovechando el barullo, se escaparon montados en una tortuga.

Vueltas las cosas á su primitivo ser, nos encontramos solos Neptuno y yo. El rey de

(Dibujos de Ramírez.)

(Se continuará.)



CHARADA por F. Córdoba.

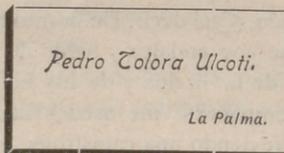
Primera segunda, objeto
de uso muy general;
nota musical la *tercia*;
cuarta y segunda ciudad;
todo en el café hallarás.

SUSTITUCIÓN por L. Rueda.

● * * * * *
* * * * * ● * * * * *
● * * * * * * * * * *
* * * * * * * * * * * * * * *
* * * * * * * * * * * * * * *
* * * * * * * * * * * * * * *

Sustituid las estrellas por letras de manera que horizontalmente se lean los nombres de cinco políticos, y verticalmente en la línea de puntos, el del jefe de un partido político.

TARJETA por C. de Galisteo.



Combinad las letras de modo que se lea el nombre y apellido de una actriz muy popular y el título de una de las obras que ha estrenado.

ADIVINANZA por Nieves Campa.

Entre dos negaciones
pon una afirmación,
verás como resulta
un centro de reunión.

CUADRADO por Rafael Gómez.

● ● ● ●
● ● ● ●
● ● ● ●
● ● ● ●

1.^a, flor; 2.^a, animales; 3.^a, alimento, y 4.^a, verbo.

JEROGLÍFICO por Leonardo Ordoño.

ALFONSO XII negación SA

ADIVINANZA por Ignacio Rodrigo.

¿Cuál es la cosa que está comprendida entre las obras del Creador y es nombre de mujer?

LOGOGRIFO NUMÉRICO por A. Montaner.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 Hombre célebre.
4 2 6 7 5 6 5 9 En las casas.
8 9 7 5 6 7 8 Idem.
5 3 7 2 9 5 Idem.
4 5 9 5 3 Idem.
3 5 7 5 Animal casero.
1 5 6 Idem.
7 2 Vegetal.
7 Consonante.

FUGA DE VOCALES por José Granara.

.s r.s. y .z.l
h.y p.r. l.s n.ñ.s
l. m.j.r r.v.st.
q.. n m. v.d. h. v.st.

SOLUCIONES

A la adivinanza por M. Baturone: LA PUERTA DEL SOL y la PUERTA OTOMANA.

A la charada por F. Guerrero: CARAVACA.

A la sustitución por A. García Diego:

C Á C E R E S
O V I E D O
S A L A M A N C A
C A D I Z
V I Z C A Y A
C O R U Ñ A
B A D A J O Z
C I U D A D R E A L
G U A D A L A J A R A

A la fuga de vocales por Francisco Petit:

Niños, ¿queréis aprender
á ser juiciosos, formales?
Leed ROSA Y AZUL, que es
la revista que más vale.

Al rombo por Tomás Revuelta:

P
L O S
P O R O S
S O L
S

A la charada comprimida por C. Lefevre: POLI-CHINELA.

Al quinqué numérico por Gil Farrán: SAMUEL.

Regalos á nuestros lectores sólo por un mes

A todos los que se suscriban por seis meses en Madrid ó provincias, les regalaremos los números que van publicados de las

Aventuras de un pequeño filósofo

A los que se suscriban por un año, además de los números que ofrecemos á los suscriptores de semestre, les regalaremos la preciosa novelita

DÍA FELIZ

lujosamente encuadernada.

ADVERTENCIA.—Estos regalos sólo los concedemos durante el mes de Noviembre. No se admiten sellos de Correos. Los envíos de provincias pueden hacerse en libranzas de Prensa, que se venden en todos los estancos. No es preciso certificar las cartas. Los que deseen recibir certificados los regalos, deben enviar un sello de 25 céntimos.

PARA LOS ANTIGUOS SUSCRIPTORES

Tenemos á su disposición los bonitas tapas de la novela **DIA FELIZ**. Para recogerlas sólo es preciso presentar el recibo los de Madrid, ó enviar una faja acompañada de un sello de 10 céntimos los de provincias.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8
MADRID

Para anuncios en los periódicos de Madrid y provincias dirigirse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

CALLE MAYOR, 1.—TELÉFONO 123.—MADRID

PERCHAS "Navas y Comp^a"

(Con patente)



Recomendables para los Colegios y particulares 

 No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas 

 Pidanse precios á los señores NAVAS Y COMPAÑÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NINOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1. ^o (1. ^a sección), económ. ^a	0,25 ptas.
» 1. ^o (2. ^a sección)	0,25 »
Pepe 1. ^o , lujo	0,50 »
Pepe 2. ^o	0,50 »
Pepe 3. ^o	0,75 »
Pepe 4. ^o	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

ANTES DE TOMAR LA LACTOFERINA. DESPUES DE TOMAR LA LACTOFERINA.

Tos Perina

y toda clase de
TOS EN LAS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DIAS CON LA
LACTOFERINA
del Dr. M. CALDEIRO
5 pls. caja en todas las farmacias y
D. G. GARCIA-Capellanes 1-MADRID
Por 5,50 pls. la remite el autor por correo.
PUERTA DEL SOL Nº 9
MADRID.

LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MÁS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza. OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS **SERRADILLA (Cáceres)**

Pídanse catálogos,

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprendernos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas. Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales). Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros.

26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.

> jerga > 10 >

Gabanes > 10 >

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.

Gabán > 85 >

Todo confección esmerada y géneros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thiooel-elnamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, **Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid**